

aparato de notas, orientado a disminuir la distancia –por incompreensión– entre lector y texto. En el caso de los textos áureos esta distancia es muchas veces abismal y determinante de una interrumpida, errónea o superficial lectura: las dificultades son de diversa índole: léxicas, sintácticas, literarias, contextuales (referencias ideológicas, culturales, artísticas), eruditas. El cuerpo de las notas adopta el formato de *Góngora y el Polifemo*, de Dámaso Alonso. A cada octava, presentada por separado, sigue su paráfrasis esclarecedora; a continuación, las notas sobre los versos que, cuando es necesario, despliegan hipérbatos difíciles, aclaran cultismos, figuras retóricas, alusiones mitológicas, astronómicas, históricas y literarias, ofreciendo posibles lecturas de lugares anfibológicos, remedando, asimismo, los propios comentarios de Salcedo Coronel a la obra gongoriana. Un párrafo final, en algunos casos, agrega observaciones o aclaraciones generales sobre el pasaje: a veces lecturas alternativas, a veces filaciones de género, alusiones veladas que competen a la octava entera, etc. A este aparato de notas sigue una reproducción fotográfica de esa rara *editio princeps* de 1668, ubicada en la John Carter Brown Library, para completar esta verdadera edición definitiva de la *Primavera indiana*.

Así, con rigor filológico, sin argumentos ligeros ni afirmaciones no justificadas en la obra; con gran erudición y sin empacho de emitir una duda, se nos acerca a los lectores una obra difícil y ardua de manera placentera, además de un

certero ejercicio de edición y anotación de textos gongorinos novohispanos.

Julia Sabena  
CONICET, Argentina

**Hortensia Calvo y Beatriz Colombi, eds. *Cartas de Lysi. La mecenas de sor Juana Inés de la Cruz en correspondencia inédita*. Madrid/Frankfurt/México: Iberoamericana/Vervuert y Bonilla Artigas, 2015. 240 pp.**

Que las reglas que sirven para hablar sirvan para escribir: propuesta por *El Cortesano* de Castiglione en 1528, resultó –tras la traducción al español de Boscán, en 1534– una de las ideas que, si hizo posible y discutible la obra Garcilaso de la Vega y su modernidad poética, también terminó –en los siglos XVIII y XIX– formando parte de las consignas fundamentales de los manuales de cartas que insistían en que éstas, que no eran sino un diálogo entre ausentes, debían escribirse “como si estuvieseis en una conversación”. A ello, rápida pero bellamente, se opuso Pedro Salinas, señalando que la carta no debía ser “una lugarteniente del diálogo”, pues –justamente– configuraba una relación distinta: “un entenderse sin oírse, un quererse sin tactos, un mirarse sin presencia, en los trasuntos de la persona que llamamos recuerdo, imagen, alma”. La reciente publicación de *Cartas de Lysi*, nombre tan misterioso y poético como lacónica la función que lo describe sin revelarlo (*la mecenas de sor Juana Inés de la Cruz*), vuelve a poner en circulación, y por partida doble,

estos asuntos de la voz, de la letra y del hacerse o volverse presente de ambos: por un lado, sombra terrible de Sor Juana, esa escritora —aquí— en la letra ajena; y por otro, esa letrada sin obra que —*en correspondencia inédita*— desvela un vínculo y un sentido fundamental del espacio literario novohispano, una tercera dimensión.

Editadas —y halladas— por las investigadoras Hortensia Calvo y Beatriz Colombi, especialistas en literatura latinoamericana del periodo colonial, las cartas de María Luisa Manrique de Lara y Gonzaga (1649-1721), condesa de Paredes, marquesa de la Laguna, quien fuera virreina de Nueva España (México) entre 1680 y 1686, permiten no sólo acercarse a un personaje central pero poco iluminado por la crítica literaria y los estudios históricos, como es la mecenas y amiga de Sor Juana, motor de la publicación de su obra y letrada de fuste, sino también a un mundo intelectual y afectivo cuya historia y más cotidiana sensibilidad encuentran en este libro un claro y definitivo punto de partida. Se trata de dos cartas escritas por María Luisa desde México: la primera, y más extensa, data de diciembre de 1682, es decir apenas dos años después de establecidos en Nueva España con su marido, Tomás Antonio de la Cerda, y va dirigida a su prima, la singular María de Guadalupe de Lencastre y Cárdenas Manrique, duquesa de Aveiro; la segunda, de julio de 1687, más breve y en alguna medida más personal, va dirigida a su padre, Vespasiano Gonzaga y Urbino, y da cuenta y noticia —entre otras cosas— de la vida que tanto

ella como su marido llevan en México una vez que los nuevos virreyes, Melchor Antonio Portocarrero y Laso de la Vega y su mujer Antonia Ximénez de Urrea y Clavero, han asumido el cargo y los salientes se aprestan a abandonar definitivamente las tierras americanas. Apenas dos cartas que, si vislumbran un continente (una cartografía) todavía sin explorar, trazan completo el arco americano de María Luisa: de su llegada a su partida, de letrada española a mecenas novohispana.

Y es en la carta a su prima la duquesa de Aveiro donde aparece —por primera vez en las plumas de Europa— sor Juana, joven aún en su fama, pero ya definitivamente fascinante. La condesa de Paredes celebra la llegada de una carta de su prima que marca el inicio de su correspondencia con el Viejo Mundo: “pues, desde que salí de Madrid, no había recibido otra”; y así se dedica a responderle extensa y detenidamente, “pues —escribe— no puede haber para mí mayor alivio de la soledad”. La carta, con una soltura destacable, va articulando no sólo variados, sino medulares asuntos: los indios y sus rebeliones, las misiones religiosas a California y a China, las medidas políticas tomadas por su marido el virrey para ordenar la situación interna y fronteriza, pues también los piratas asolan las lejanas tierras del Rey. Pero todo esto, no sólo no le impide a María Luisa descubrir a su prima las sospechas de su embarazo o que efectivamente entre las indias “hay muchas viciosas” aunque —comenta, sin cambiar el tono— “como entre todas las católicas”, sino que todo esto y todo aquello es relatado

de una forma tan singular como sólo un personaje de su condición podría, es decir, sin poder separar nítidamente lo público de lo privado. De esta manera, el pleito recientemente ganado por su prima para conservar el ducado de Aveiro –y que María Luisa comenta *entre nos*– se enlaza en igual medida con el penoso divorcio en ciernes de María de Guadalupe y con la separación política de los reinos de España y Portugal. Y así también, el cotidiano gusto por visitar a “una monja que hay san Jerónimo que es rara mujer”, se torna –años más, cartas menos– la piedra basal no sólo de una amistad duradera, sino de la publicación y difusión intercontinental de la obra de Sor Juana, una monja que –como detalla en su carta María Luisa– ya ilustra toda una mitología popular: criada “en un pueblo de cuatro malas casillas de indios” llega a la ciudad y, con “ingenio grande” y “ciencia sobrenatural”, la encandila y pasma.

Las cartas, en versión facsimilar, paleográfica y modernizada (121-188), van precedidas por una “Introducción” (9-13), que da cuenta del periplo del hallazgo y de los manuscritos mismos, y por un muy exhaustivo y riguroso estudio dividido en dos capítulos: “Proveniencia, contexto y contenido de las cartas” (17-46) y “María Luisa Manrique de Lara y Gonzaga: su vida, su época” (47-98). Estudio que no sólo enriquece la edición con un nutrido “Apéndice” (189-218) documental que lo consolida históricamente con ilustraciones (firmas, sellos y retratos) y textos varios (cartas del marqués de la Laguna, la nómina de los pasajeros que viaja-

ron a América con la condesa de Paredes y su marido, poemas de Sor Juana y de María Luisa), sino que organiza –con hipótesis precisas y un rastreo cabal de fuentes diversas– un campo de investigaciones poco explorado por la crítica sor-juanina y prácticamente inexplorado en lo que hace a la figura de María Luisa. Pues no sólo la virreina abandona el deslucido y neoplatónico espacio de “amigamante” de la obra y vida de sor Juana, configurándose como puntal de dicha obra y vida en términos históricos y literarios, sino que esa vida y ese vínculo, y el que –vía María Luisa– las reúne con la duquesa de Aveiro y luego con las monjas portuguesas de la Casa del Placer, permiten vislumbrar toda una red de mujeres letradas y políticamente activas (que se remonta, sin ir más lejos y como detalla el estudio, a la abuela de la virreina, consejera de Felipe IV) que cuestiona, si no desafía, ciertos presupuestos que la historiografía y la crítica literaria extendieron sobre ese sector de la vida cultural de la Contrarreforma.

Facundo Ruiz

Universidad de Buenos Aires /  
CONICET

**Odi Gonzales. *Elegía Apu Inka Atawallpaman. Primer documento de la resistencia indígena.* Lima: Pakarina, 2014. 176 pp.**

Este libro investiga las condiciones de producción, fuentes, circulación de temas y relaciones intertextuales de la “Elegía Apu Inka Atawallpaman”, un poema quechua